

REFLEXIONES POSTELECTORALES

EL SOCIALISMO VENEZOLANO

LUIS UGALDE

Todos suponíamos que los resultados electorales de la izquierda iban a ser muy modestos. Algo así como un 13 por ciento en tarjetas grandes y un 20 por ciento en las pequeñas. Ya esto hubiera sido motivo suficiente para una revisión a fondo. Pero las cifras del 3 de diciembre quedan tan por debajo que una sería preocupación es más que justificada (véase en las páginas de color de este mismo número el análisis numérico de los votos socialistas. Véase también el número anterior). La izquierda ha sido derrotada. Hay que admitirlo así simplemente, sin reticencias ni matices que suavicen el resultado electoral.

De esta apreciación general de derrota no se libra ningún candidato, ningún partido. Sería infantil que el MAS se consolara pensando que sólo él tiene tanta fuerza como la suma del resto de la izquierda, que el MIR se ilusionara afirmando que casi ha triplicado su votación de 1973 o Liga Socialista sobrevalorara la elección de un diputado suyo cosa que nunca antes (desde Cristóbal Colón hasta nuestros días) había ocurrido en el país. La medida de la izquierda no puede ser la izquierda misma, sino los partidos mayoritarios, el país y la ardua tarea de construir el socialismo.

Afortunadamente —fuera de alguna que otra voz— la mayoría de los dirigentes —la base por supuesto— han admitido la derrota sin paliativos y consideran que hay que repensar y rehacer muchas cosas.

Admitido el hecho queda la difícil y necesaria tarea de averiguar el por qué. Y aquí nos movemos sobre un terreno muy poco firme donde algunos datos bastante evidentes deben ir acompañados de numerosas conjeturas. No es fácil saber por qué cada venezolano votó de una manera y no de otra hasta configurar el perfil del resultado nacional. Voy a tratar de aventurarme en este terreno de la conjetura donde vale la pena correr los riesgos de la incertidumbre con el fin de extraer, aunque sea un mínimo de atisbos orientadores. No pretendo señalar todas las causas sino las más importantes y preocupantes y que dependen de la izquierda misma

y del tipo de trabajo que realiza.

DERROTA ANTICIPADA

La izquierda perdió las elecciones en 1976 y 1977. Me refiero a la pérdida con relación a sus posibilidades, pues nadie planteó en serio que fuera a resultar electoralmente mayoritaria. Para 1978 la derrota, la aplastante derrota, ya estaba asegurada. La campaña podía matizarla aliviándola o agravándola, pero era irremediable. Por tanto las causas principales no hay que buscarlas ni en los candidatos, ni en la campaña, ni en la falta de unidad meramente electoral improvisada a última hora. En lo que a ésta se refiere no se hubiera jugado demasiado honesta y seriamente ante el país presentando unidos partidos que pusieron todo el énfasis en diferenciarse y atacarse. Después de 1974 el MAS por el deseo muy respetable de presentar un perfil socialista específico distintivo de la imagen de la izquierda tradicional y por otras motivaciones de menos altura rayanas en la autosuficiencia, engreimiento y desprecio del resto de la izquierda, no buscó la unidad de fondo sino la separación. También los otros partidos y grupos en las elecciones gremiales y en los debates intraizquierdistas se definían a sí mismos por la diferenciación del "reformismo" del MAS y de su "socialdemocratismo". El MAS no era de izquierda, decían. Resultaba por tanto absurda la proposición a última hora (la larguísima hora del período de campaña) de una alianza electoral con bases tan inconsistentes. No digo que esto hubiera sido imposible o desacertado. Lo que me parece claro es que si se quería de veras la unidad sólida había que poner las bases en los años anteriores. Si se quería la unidad electoral se debía querer la unidad socialista basada en el trabajo unido por la construcción de una alternativa social.

No tendría sentido argumentar contra esto alegando el ejemplo de COPEI: trabajó muy mal en 1974, 75 y 76 pero ganó las elecciones. En esta comparación se olvida que el gobierno desde el día en que empieza trabaja con sus desaciertos para la oposición dentro del sistema. El

gobierno de AD hizo un trabajo largo, lento y profundo para el que quisiera y pudiera presentarse como alternativa meramente electoral. COPEI al final tuvo la capacidad y acierto para aglutinar toda la frustración acumulada y cosechar los frutos del trabajo negativo del gobierno. Pero el socialismo crece de otra manera y tiene negados los medios económicos y comunicativos para crecer de ésta. La alternativa socialista no es un hecho electoral, sino que en primer lugar y por encima de todo es el nacimiento de un nuevo sujeto histórico constituido por los trabajadores oprimidos del sistema y por quienes se identifican con ellos. Ese sujeto histórico no nace, ni crece, ni se fortalece principalmente en el proceso electoral. Su despertar se vincula estrechamente a la práctica cotidiana —a la vida y al trabajo— donde no sólo siente su condición de oprimido de un sistema injusto, sino experimenta a través de su acción organizada la posibilidad real de avanzar, tomar iniciativa, crecer, al tiempo que comprende las injusticias particulares como parte de un sistema y va perfilando una política, una economía y una manera de vida y de trabajo alternativo: el sistema socialista concreto. La alternativa socialista no puede ser algo meramente leído sino que los oprimidos deben experimentar crecimientos y avances parciales pero reales para ir adquiriendo fe en las propias posibilidades de conducción de la sociedad. El proceso electoral no es sino la manifestación de esos avances y una oportunidad más para cosechar adhesiones a un camino que es más proceso social que idea atractiva.

En Venezuela hay una militancia potencial y una posible adherencia a la alternativa socialista que solamente cuajará en la medida en que vean a los hombres concretos de los partidos de izquierda metidos de lleno en los procesos concretos y expresando soluciones y propuestas concretas, dando pasos e ilustrando a la vez las raíces de las contradicciones insolubles dentro de este sistema.

Si el MIR avanzó fue gracias a este tipo de presencia en los sitios en donde

creció: Lara, Yaracuy (con ayuda de los disidentes del MAS) o en la aislada zona de Bailadores, por ejemplo. Si el MAS no avanzó en la proporción a su fuerza, sobre todo donde antes había obtenido una buena votación, fue por falta de este tipo de presencia, al menos en buena parte. Su crecimiento más bien se ha dado por extensión hacia zonas de implantación anterior muy precaria, pero no por la profundización del trabajo concreto en el Dto. Federal, Miranda, Lara o Carabobo, por ejemplo. Tal vez, de acuerdo a sus posibilidades y recursos, ha sido el MAS quien ha estado más ausente —fuera de algunas buenas excepciones en zonas de Aragua y otras— de esta activa vinculación a los procesos sociales reales. Y sin embargo fue el que mejor empezó en 1974, como lo expresó en SIC (diciembre de 1974 No. 370).

LA DIFICULTAD DE LA NUEVA IDENTIDAD

En el MAS la militancia de base, desprovista del tradicional catecismo marxista-leninista que le dotaba de fáciles —a veces acertadas y otras veces deformantes— respuestas a los problemas, no tenía con qué sustituirlo y tampoco encontraba cauces de trabajo local con un modo que se distingue tanto del estilo guerrillero o del militante de pura consigna y pinta de paredes como del trabajo de AD y COPEI. El militante de base carecía de seguridad y padecía cierta indefinición práctica. Evidentemente el dirigente nacional podía definirse en los parámetros internacionales o acudiendo a los matices entre Lenin y Gramsci o discutiendo sobre las tesis del eurocomunismo, pero es absurdo que cada militante necesite remitirse afuera para identificarse ante su comunidad como constructor del socialismo venezolano y lamentable que en algunos dirigentes pesaran más aquellas ideas que sus prácticas concretas que le daban identificación propia en Venezuela.

En 1975, 76 y 77 la dirigencia del MAS tenía una tarea urgente e inédita: debía multiplicarse para dar cursos de formación, ayudar a encontrar formas de trabajo real, aprender y palpar los problemas planteados y los caminos encontrados por los militantes de base, elaborar sencillos y claros materiales socialistas con las tesis sobre agricultura, vivienda, empresa, servicios públicos diversos, corrupción administrativa, lucha obrera (todo a niveles asequibles para hombres comprometidos aunque no hayan cursado sexto grado), materiales que combinen la denuncia concreta con propuestas y vías de acción al mismo tiempo que presentan también cómo funcionará en el socialismo la agricultura, la vivienda, la empresa, el transporte público... La bandera del "socialismo a la venezolana" estaba levantada: ahora ha-

bía que dotar a toda la militancia de los instrumentos para desentrañarla y hacerla visible en los lugares de trabajo y de vida.

Algo de esto se ha dado en esferas profesionales que, a través de la administración pública e incluso de trabajo en la empresa privada se van capacitando para abordar los problemas concretos y encontrar las raíces más allá de las meras apariencias. Pero en grado muchísimo menor ha ocurrido en las tareas propiamente populares. Es posible que esta situación plantee en el MAS seriamente el problema de las "capas medias" y de la composición social del partido. No es lo mismo que un partido sólidamente establecido en los sectores populares y obreros desarrolle una política en la que puedan encontrarse reflejados también los intereses e inquietudes de las capas medias, que una política de "apertura a las capas medias" elaborada por un partido cuyos principales integrantes sean de "capas medias" que desde ahí trazan políticas para el país.

Cuando más necesidad y posibilidades parecía haber de esta política de vinculación específica a los procesos sociales y cuando el campo de trabajo (abandonado por COPEI) parecía más libre para ir ayudando a toda la militancia a ser oposición socialista (vinculación a los problemas reales, formación, organización y precisión de alternativas socialistas), la dirigencia del MAS lanzó a sus seguidores en aquello que desde el principio a muchos nos pareció una locura colectiva en nombre de la democracia interna y en alas de ambiciones personales y grupales. Así se presentó la discusión sobre la futura candidatura presidencial cargada de fraccionalismo y mutuas descalificaciones. Ahora el enemigo no era AD ni COPEI, sino los propios del partido. Una discusión que podía ser importante fue funesta por la forma como se dio. La izquierda, desde el mismo Marx, tiene la manía de descalificar al adversario a base de adjetivos denigrantes (filisteos, revisionistas, pequeños burgueses, blanquistas, socialdemócratas, perros, patriotas...). Antes de saber exactamente lo que es ser masista, muchos se vieron envueltos y agotados física y moralmente en una disputa por ser teodoristas, rangelistas y pompeyistas. Total para nada: dos años largos de esterilizante enconchamiento intrapartidista para cosechar una pesada herencia de fracciones y rencores, sin la contrapartida positiva de una práctica social más acertada y comprometida. Ya en diciembre de 1976 señalaba que "esta campaña interna ha conocido brotes que pueden dar al traste con el MAS" (SIC, No. 390) y después de señalar cuáles eran algunos defectos de esa discusión concluía: "Y, lo que considero más grave, la discusión que el MAS

necesitaba vivirla como identidad del partido, la ha vivido como división. Este hecho grave puede marcar el futuro". Y lo ha marcado pues el partido no se ha recuperado de la lucha interna y ha salido deteriorado en realidad y en imagen nacional.

Entre tanto no hubo tiempo para vincularse a las luchas sociales, para diseñar y desarrollar una nítida política de oposición una relación sensata con el resto de la izquierda. Cuando se percibieron estas carencias y errores y se quiso frenar la lucha interna no fue posible. Cuando los éxitos del MIR y algunos fracasos gemiales del MAS obligaron a reparar la política hacia la izquierda era demasiado tarde y demasiado forzado el cambio.

El MAS llegó a la etapa electoral agotado, dividido y en parte desmoralizado con una imagen exterior muy deteriorada. La imagen fresca y renovadora de 1973 se convertía así en la imagen de un partido émulo de los partidos dominantes por los vicios politiqueros y sin un sostenido trabajo popular socialista. Muchos militantes en lugar de trabajar hacia fuera para lograr ser conocidos y apreciados y lograr cierto liderazgo en la comunidad sustentado en el trabajo, aprendieron que para ascender en el partido es más importante jurar fidelidades fraccionales. El MAS corrió así el peligro de convertirse en un partido no socialista portador de una idea socialista. Son demasiados y muy diversos los barrios y los lugares de trabajo donde gente de izquierda sin animosidad contra el MAS señala su total ausencia del trabajo de base. Esta situación se remató con una campaña muy poco agresiva y definida como oposición (menos que COPEI) y como socialista. Los indudables avances electorales en regiones nuevas donde el MAS ha logrado





implantarse como partido nacional neutralizaron en parte el estancamiento y algunos retrocesos debidos a éxodos por la derecha (hacia COPEI y AD) y por la izquierda (hacia el MIR) de votos que en 1973 fueron del MAS. El avance en las elecciones del 78 fue modesto.

Al mismo tiempo, en los años que venimos señalando los otros partidos dirigieron sus baterías contra el MAS con lo que en lugar de ganar votos y militantes en el campo dominado por AD y COPEI se contentaban con buscar transferencias dentro de la izquierda. Esta deformación hizo pensar al MIR, por ejemplo, en una fuerza nacional que no tenía. Cuando se lanzó con candidato propio vio que carecía de cobertura nacional y de suficientes recursos. Le ha quedado la positiva experiencia de afrontar semejante reto. Sus planteamientos estrictamente electorales fueron si cabe más moderados y carentes de socialismo que los del MAS. Su fuerza real estaba vinculada a trabajos concretos circunscriptos a determinadas regiones y medios y los descontentos del MAS. Eso es lo que dieron los resultados. Un aumento importante para el MIR y una experiencia de trabajo nacional. Grupos como Causa R y el GAR obtuvieron votación allá donde habían desarrollado un trabajo concreto y tenían líderes conocidos.

En cuanto al MEP y al PCV no hubo sorpresas. Lanzaron sus propios candidatos bien escogidos y cualificados con la finalidad de evitar la desaparición. Es lo que lograron. En el caso del PCV tuvieron que dividir su votación anterior con Vanguardia Unitaria formada después de las elecciones de 1973 como división del partido comunista.

Otro factor distinto condiciona a algunos grupos menores que trabajan infatigablemente, pero en un tipo de trabajo que con frecuencia lejos de atraer a la población adulta la ahuyentan. Por su juventud y su voluntarismo caen con frecuencia en un infantilismo radical que puede llevar a pensar que es más revolucionario aquel grupo tiene más capacidad de asustar, de "armar peos" o de ser

perseguido por la DISIP.

El proceso electoral seguramente demuestra que el socialismo no crece ni con radicalismos infantiles (explicables si sólo se considera la magnitud de la miseria y opresión, pero desacertados en un grupo con capacidad para medir la magnitud de la tarea y los medios que hay que acumular para el largo y lento camino al socialismo), ni orientando el trabajo a quitarse unos a otros las áreas de influencia, ni exponiendo propagandísticamente una idea más o menos atractiva pero dicha desde fuera.

LA LUCHA POR LA UNIDAD SOCIALISTA

A pesar de la derrota electoral de la izquierda, hay varios aspectos positivos en el saldo final de los que quiero hablar.

En primer lugar hay que reconocer el relativo éxito del trabajo realizado en los últimos ocho años para desbloquear el socialismo en Venezuela. La aspiración socialista, el trabajo por el socialismo y el potencial voto socialista hoy es muy superior (aunque todavía no llegue a un tercio de la población) a lo expresado en la votación de diciembre en favor de las alternativas concretas ofrecidas por la izquierda. Hay no poca gente que ha superado aquella asociación hábilmente inculcada por la derecha, y con frecuencia respaldada por la izquierda, de que el socialismo es arbitraria violencia, ateísmo atropellador de la creencia popular, negación de la familia y de los derechos humanos, expropiación de los medios de vida... una especie de encarnación infernal en la historia. Hoy para muchos el socialismo es algo discutible racionalmente y para no pocos deseable como futuro para Venezuela. Este horizonte deseable se oscurece cuando se viene a las alternativas concretas, verosímiles, a los equipos humanos, a las medidas viables. El resultado electoral expresa este último aspecto; pero ahí está la actitud abierta de muchos como un reto a los partidos socialistas y su praxis concreta que ciertamente está muy lejos de la alternativa que anuncian.

En segundo lugar, a partir de enero de 1978 se han logrado pasos importantes hacia la unidad por el socialismo tanto en la reducción de la agresividad intraizquierdista como en colaboraciones concretas. Me voy a tomar la libertad de citar a este respecto algo que escribí en junio de 1977 sobre la unidad de las izquierdas porque refleja de dónde se parte y permite apreciar los avances (ver SIC No. 396 de 1977). Allá hablé de la "absurda unidad" y de la "necesaria unidad".

La absurda unidad: "¿Por qué es un lugar común que la izquierda debe ir unida a las próximas elecciones? Todos en la izquierda se saben no sólo distintos, sino

adversarios, de los otros grupos con quienes ahora quisiera alianza electoral. Se atacan, se ponen la zancadilla, se disputan sus exiguas cuotas de poder a lo largo de cinco años y al acercarse el momento electoral cambian de disco. Creo que cualquiera puede apreciar que ésta es la realidad de la izquierda salvo pequeñas excepciones que suponen individualidades de consecuente labor unitaria. ¿Por qué ha de ser obvio que la izquierda deba ir unida cuando parece igualmente lógico que AD y COPEI vayan separados? "¿Unidad de las izquierdas para qué? ¿Para no dejarse contar aisladamente? ¿Para no avergonzarse de las escuálidas filas de seguidores? ¿Para aplacar el ayuno de votos participando modestamente en la mesa de tal o cual candidato que sí tendría apoyo electoral?"

En principio, hoy y aquí, no le veo sentido a la unidad electoral de las izquierdas. ¿Qué puede significar el momentáneo abandono de la menuda y cotidiana lucha a cuchillo en la mayoría de las elecciones gremiales, y de la guerra de pupilas en los cenáculos intelectuales, para abrir un paréntesis electoral, si pasadas las elecciones se vuelven a enzarzar en la eterna discusión de quién es verdadero revolucionario, fiel intérprete de Marx y auténtica vanguardia del proletariado?" Esta sería la absurda unidad después de una práctica de cinco años donde el MAS trataba de diferenciarse de la izquierda tradicional y las otras corrientes de izquierda se definían así mismas como antítesis del MAS.

La necesaria unidad: "¿La unidad de la izquierda para qué? Para hacer efectivamente posible la construcción del socialismo venezolano. Esta sí es una unidad necesaria. Pero ella no es en primer lugar una unidad electoral; ésta podrá venir como algo derivado. Ahí no se busca conseguir juntos un 15 por ciento de los votos para repartírselos en módicas cuotas de supervivencia. Ni siquiera lo fundamental es lograr presentar un programa electoral único. Hay unidad significativa en las izquierdas cuando tienen la suficiente coherencia—dentro de divergencias más circunstanciales— para hacer llegar a la mayoría del país un diagnóstico, una alternativa socialista, una vía verosímil, un equipo capaz y una fuerza social decidida y decisiva?" Esto lo decía hace un año y medio y lo repito ahora.

Pero además debo agregar que a lo largo de 1978 se ha avanzado muy positivamente, aunque también modestamente. Durante la campaña no ha habido ataques públicos de los socialistas entre sí, ha habido alianzas bastante existosas en elecciones gremiales y hasta se han adelantado algunas conversaciones. La aplastante derrota ha contribuido también a la

modestia y la sensatez. Todo ello coloca a la izquierda en condiciones mejores para unirse con seriedad.

LAS CONDICIONES DE LA UNIDAD BASICA

En política como en otras actividades existe el grave peligro y la deformación de convertir los medios en fines y los fines en medios. El fin, el único fin de la lucha por el socialismo, debe ser la liberación del pueblo hoy oprimido, la conquista de una vida humana para las mayorías venezolanas, la producción de una calidad de vida que está negada por el capitalismo. El socialismo como proyecto político es un medio de reordenar la economía, la política, la ética, la vida social para lograr este fin elevadamente humano. El socialismo por eso antes que nada es un movimiento cultural envolvente y nutriente de todos los aspectos de la vida social. Los partidos socialistas, a su vez, no son más que medios de maduración, de expresión y de realización de ese proyecto político. Los dirigentes políticos no pueden ser considerados como simples medios o instrumentos de este proyecto; pero han de ser personas que convierten la necesidad y la voluntad colectiva de liberación en voluntad propia y en sentido de su vida. Servir a esa gran causa de liberación humana es encontrar la identidad de su existencia libremente escogida. Pues bien, esta ordenación de servicio al logro de la liberación colectiva tiende a ser trastocada en la medida en que las aspiraciones personales, las ambiciones y la lucha por el poder individual se imponen como supremo fin. Entonces el partido es para tal o cual dirigente o corriente, el socialismo es para el partido y la liberación de la colectividad es algo sometido y subordinado al proyecto socialista como medio a fin.

Esta es la gran crisis de la izquierda que afecta profundamente a la unidad. La unidad no puede darse como pacto de ambiciones personales o de arreglos de partidos para salvar sus intereses. El motor y criterio fundamental de la unidad está en la fuerza ética para sobreponer la liberación de los oprimidos como principio rector que defina el proyecto socialista, que tipifique nítidamente el trabajo popular y determine el perfil social de la práctica que desarrolle cada uno de los partidos.

Evidentemente esto no elimina las divergencias, ni los distintos puntos de vista ni los perfiles propios pero marca definitivamente la calidad de la discusión interna y estimula los aportes creativos a esa discusión y sobre todo al trabajo real concreto de vinculación con las luchas populares y los esfuerzos de organización y formación socialista.

Todo esto no es una utopía, sino un

camino que empieza a desbrozarse. Artículos como el de Jesús Paz Galarraga (Secretario General del MEP) "Posición Inequivoca" (El Nacional 18-1-79) impresionan por la nitidez, sensatez y realismo en unas proposiciones dirigidas a todos los socialistas. Ante las reservas de la mayoría frente al socialismo y el control de la minoría poderosa invita a "predicar con nuestro propio ejemplo".

Una vez escritas estas cuartillas en borrador he encontrado la misma actitud autocrítica y sensata en el libro "Hacia una nueva mayoría" entregado a la imprenta por el Secretario General del MAS, Pompeyo Márquez que servirá de reflexión sincera a toda la izquierda. Quiero resaltar dos párrafos no porque coincidan con lo dicho en este artículo sino porque considero de gran importancia en la rectificación de toda la izquierda: "Ya hemos reconocido que el MAS no fue certero en el tratamiento de los problemas de la unidad de la izquierda". "Al analizar este aspecto de la cuestión encontraremos la debilidad de los lazos orgánicos del MAS con las grandes masas trabajadoras y populares". Y llega a ver como una relación de causa a efecto cuando hace una de esas afirmaciones sinceras que devuelven la fe en el movimiento socialista: "Me atrevo a hacer una expresión dura para los masistas, pero que consideramos corresponde a la verdad: hemos perdido más tiempo en la lucha por el control interno del aparato partidista que en la lucha por "controlar" —uso la expresión para guardar correspondencia con el señalamiento, pero no porque sea la adecuada— a organizaciones sindicales, estudiantiles, populares, por organizar y dirigir a grandes masas".

Sobre estas bases puede avanzar la unidad parlamentaria donde los 24 representantes socialistas demuestren con hechos un bloque dispuesto a luchar a fondo las verdaderas batallas del pueblo. Con la rotación de los suplentes el país podría conocer escuchar y sentir como representantes a 50 parlamentarios suyos.

Las elecciones municipales, como primera experiencia que toma en serio una representación local, ofrecen la posibilidad de vincularse a un trabajo más cercano a la vida cotidiana de la gente que, unida al trabajo gremial, podría demostrar con hechos que ser político socialista es algo distinto. En esa práctica vería la gente mejor lo que es la alternativa socialista que en todas las teorías que pocos entienden.

Por eso la izquierda en este país tiene que nacer de nuevo, poniéndose como medida no a sí misma ni sus pequeñeces y mezquindades sino la gigantesca tarea de construir una alternativa socialista de liberación humana para este país. □

*El economista merideño
Asdrúbal Baptista
ha dedicado años de estudio
a la distribución del ingreso
y a la comprensión teórica
de ese hecho en Venezuela
La Facultad de Economía
de la Universidad de
Los Andes
ha publicado recientemente
en versión multigráfica
un trabajo suyo de gran interés
dado el rigor académico
con que analiza un fenómeno
sobre el que disponíamos
más de intuiciones
que de precisión científica(1).
Este artículo trata de resumir
para el lector
en forma simplificada
lo que el especialista
encontrará en forma más
amplia y profunda
en el original. (N. de la R.)*

(1) BAPTISTA, Asdrúbal. Gasto Público, Ingreso Petrolero y Distribución del Ingreso. Universidad de Los Andes. Facultad de Economía. Mérida 1978. 44 pp. mimeo.